

Principios versus realidad

Uno de los tantos aspectos que han contribuido a que la política esté tan desprestigiada hoy en día es la lucha del poder por el poder. Máquinas para acceder a él que requieren de numerosos engranajes pequeños para que la rueda pueda girar. Por ello, resulta incomprensible ver un sinnúmero de actores políticos estar en cargos o empleos públicos mientras dura tal o cual mandato, y resulta evidente que no dan el ancho, sea por capacidad, prestigio u honorabilidad. Algunos logran enseñorearse en ellos, pasando a ser un lastre para el Estado, desprestigiando de paso, a los miles de funcionarios de carrera que desempeñan sus funciones con corrección y empatía por lo social.

Es absolutamente necesaria la conducción fiscal, pero el pueblo está cansado de ver siempre a los mismos rostros y nombres, pues se sabe que está cerrada la puerta a muchos otros que son mejores y que no profesan la misma idea o, profesándola, no es del agrado de quien tiene el manejo de la cuota del poder.

Así es como las redes se tejen entre los mismos y cuales hábiles trepadores no tiemblan cuando deben empujar y dejar caer a antiguos amigos o correligionarios. Hay un sentido extraño en todo esto, pues en el deseo irreflexivo de obtener posiciones se van perdiendo uno a uno los principios que los “próceres” de la formación y recuperación de la democracia utilizaron para unir las conciencias. Los años han ido pasando y ¿a cuántos de aquellos destacados hoy se les puede recordar? El término democracia para mejoría del pueblo ha mutado a la de conveniencia personal.

El poder político está cada vez más sólo, más reducido, menos estimado, y menos valorado. Y los que participan del ejercicio del poder siguen solos, afirmados unos con otros tratando de demostrar que son una fuerza grande y coherente. Les falta mirarse al espejo o al ombligo para percatarse que cada vez son menos. Su apuesta está en que con la escasa participación en la votación próxima puedan resultar vencedores aunque representen en total no más del 10% de la población.

Con la nueva legislación de Intendencias podría darse el caso de que determinadas regiones tengan opciones políticas opuestas al gobierno de turno, y allí esperaríamos que quien resulte electo tenga la fuerza y las ganas de enfrentar y remover a los que parasitariamente nada hacen para mejorar la región. Sería la cuota de libertad que el Intendente debiera conseguir obtener.